

rubicundo un Rubens, si jorobado un Alarcon.

—Si ese era poeta.

—¿Y quién dice que los jorobados poetas no pueden ser pintores?

—Tiene vd. razon.

—En fin, me ha divagado vd. en cuestiones literarias y científicas; ¿quiere vd. fabricar las estampas de mi periódico?

—Deme vd. asunto.

—¡Todo lo que sepa vd., todo lo que vea, todo lo que escuche, todo lo que le cuenten, todo lo público, todo lo subterráneo!

—Ya hay paño de que cortar.

—Ademas, le dejo á vd. el campo de los falsos testimonios.

—¡Demónio!

—No se escandalice vd.; los editores europeos nos dan la norma; ya ve vd., nos pintan con penachos de pluma y con arracadas, dicen que Puebla es un puerto del Golfo, y hacen litografías de los desrieles del tren de Tacubaya, en que se ven los wagones cayendo en el fondo de las barrancas ó pasando por la cumbre de las montañas

—Ya he visto algo de esto; pero yo no quiero pintar mentiras.

—Pues pinte vd. verdades, pero que tengan novedad, gracia, espiritualismo sobre todo.

—¿Y cuánto paga vd. por todo eso?

—Calle vd., caballero, no me haga vd. pensar que no es un artista; vdes. los hombres de la imaginacion, del sentimiento, de la gloria, no hablan nunca de dinero; eso es prosaico; ya arreglamos mas tarde ese asunto, para todo hay tiempo.

—Estamos convenidos.

—¡Qué gloria la de vd., amigo mio, ojalá que llegue á su altura la suscripcion!

El editor se dispara como una granada, llega á la imprenta, dispone sus prensas, y pocos dias despues aquel enjambre de abejas susurrantes y trabaja doras se pone en movimiento, las mecánicas crujen, y al dia siguiente ya el editor de frac y guante blanco, presenta su periódico á las bellas suscriptoras y á sus buenos amigos

El periódico circula, y su éxito depende del escritor y del litógrafo; tememos en esta vez que el lápiz de Villasana, los versos de Ortiz y nuestros artículos, dejen á Eduardo Gallo, nuestro apreciable editor, como al gallo de Moron, cacareando y sin plumas.

JUAN A. MATEOS.

EL HOMBRE.

El que los sabios titulan
Animal bípedo implume
Es el mas triste animal
Que en el mundo se rebulle.
(M. Breton de los Herreros.)

El dios Brahma, segun la mitología de la India Oriental, despues de multi-

tud de creaciones engendró en sí mismo y dió á luz cuatro hijos: Brahma, Katria, Vaicia y Soudra; el primero salió de la boca del dios, el segundo de su brazo derecho, el tercero de su muslo derecho y el cuarto del pié del mismo lado; y estos cuatro hijos, segun la citada mitología, son los fundadores de cuatro razas distintas de hombres. La mitología persa hace nacer al hombre de la espalda derecha del gran toro Aboudad, foco de todo germen de la vida física; los escandinavos creen que la vaca Audumbra formó, lamiendo el hielo, á Boura el primer hombre; los adoradores del dios Aghoghok en las Islas Aleucianas, pretenden que la especie humana procede de la raza canina; y los cristianos en el Génesis, nos cuentan, que el primer hombre fué un monigote forjado por el Padre Eterno de un poco de lodo del Paraiso, y á quien dió vida probablemente soplando sobre él.

Los naturalistas del siglo pasado, y aun algunos de principios de este, colocan al hombre, por algunas particularidades comunes á ambas especies, en la categoría del mico; y en efecto, la semejanza en la organizacion física de estos dos animales ha dado lugar á profundas meditaciones, á complicadísimas teorías y á los sistemas mas excentricos sobre la relacion que puede existir entre el origen de estas dos clases de bípedos. Unos, estableciendo una escala ascendente en el sistema de la creacion, suponen al hombre una modificacion del mico; otros, al contrario, haciendo descendente la escala, nos presentan al mico como una modificacion del hombre.

Sea de ello lo que fuere, nosotros reconociendo nuestra incapacidad para decidir en una cuestion de tanto interes para la humanidad, nos abstenemos de entrar en digresiones sobre tan complicada materia, y dejamos á otros mas capaces la gloria de resolver un problema tan oscuro y difícil.

Lo cierto es que el hombre existe, va, viene, se agita, se rebulle y pasa su vida gimiendo y llorando, en lucha continua contra la suerte que se complace en rodearlo de miseria y penalidades desde la cuna á la tumba, sin saber de dónde viene, ni á dónde va, ni por qué llora, ni por qué gime, ni por qué sufre.

¡Cuántos tormentos, en efecto, cuántas calamidades están reservadas al sér infeliz que, un dia ó una noche, sin saber cómo ni cuándo, hace su aparicion en nuestro planeta, formando parte de lo que se ha convenido en llamar género humano! Tal vez por un sentimiento inexplicable de intuicion, tiene conciencia el desdichado párvulo de la fatalidad de su destino, y el primer uso que hace de su infantil voluntad es manifestarnos clara y patentemente, lo poco grata que encuentra nuestra amable compañía, lanzando con toda la energía de sus pulmones, un fuerte y prolonga-

do chillido. Parece que el inocente angelito, al arrojar su primera mirada sobre este mundo de dolores, abraza de una vez en conjunto el triste cuadro que le muestra su existencia, en el presente y el porvenir. Ve, sin duda, los chichones, los porrazos, las enfermedades; algo mas léjos, la escuela, el colegio, el pedagogo; y mas en lontananza, las heridas de su vanidad, los desengaños de su ambicion. Los apacibles y serenos goces de la infancia, esos goces tan decantados por los poetas, en la feliz edad de la inocencia, están comprendidos para el hombre entre una sonaja y un baston, entre un juguete y una ridiculidad.

Con el primer baston vienen las primeras pretensiones; el muñeco se convierte en pisaverde, y se entrega á esas bellas ilusiones color de rosa, á esas doradas quimeras, á esa efervescencia de las pasiones, con que han querido caracterizar esta época de la vida, y que son solamente en realidad insoportables vaciedades, disparatadas ficciones é imperdonables desarreglos. Vanidad y tontería; he aquí el fondo de esa época que llaman juventud, y que comienza con una trova y concluye con un bostezo. El naturalista que supone al hombre una modificacion del mico, debe haberlo observado muy detenidamente en este período de su vida.

A los cuarenta años, el insulso petimetre se trasforma en un hombre maduro y precavido; con la primer cana desaparecen las ilusiones color de rosa, pero en cambio aumentan considerablemente los ensueños dorados. Encontrando escandalosamente injusto aquello de "comerás el pan regado con el sudor de tu frente;" pasa su vida haciendo los mas laudables esfuerzos para comerlo sabrosamente sazonado con el sudor de la frente del vecino. Persiguiendo este fin con la mayor constancia y sin el menor eserúpulo, se dedica á obtenerlo con todas sus potencias y sentidos; y pasa tranquilamente por encima de los obstáculos que se atraviesan en su camino, sin cuidarse de los pobres majaderos que aplasta bajo su pié. Ambicion y egoismo, es el sello que marca el tercer período de la vida del hombre.

La vejez, en fin, hace su aparicion con todo el séquito de dolencias, flaquezas y penalidades que la acompañan; y agotadas sus fuerzas, embotados sus sentidos, lleno de caprichos impertinentes y de exigencias ridículas, el hombre termina su carrera despreciado de los unos y escarnecido de los otros, exhalando en su postrer momento el eco lejano de su primer chillido.

Este descendiente de la raza canina, segun unos, esa modificacion del mico, segun otros, es el mas insoportable de todos los animales. Animal inútil en su niñez, animal ridículo en su juventud, animal nocivo en su edad madura, animal molesto en su vejez.

P. LANDAZURI.